

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

LA TRANSFIGURACIÓN DE JESÚS

Explicación. — Circunstancias (v. I). — Considérase con razón este episodio como el punto culminante del ministerio público de Jesús: desde este hecho, los milagros de Jesús son más escasos, ya que sólo se cuentan seis hasta su pasión; la predicación, menos frecuente y clamorosa; mas íntimo el trato con sus discípulos, y más frecuentes las alusiones a su muerte.

Aun siendo la Transfiguración un hecho glorioso, está, por decirlo así, saturado del pensamiento de la pasión. Antes de él, Jesús predice su pasión y muerte, como hemos visto; durante él, y en la fase más culminante, platica Jesús con Moisés y Elías sobre la pasión; después de él; alude otra vez a su muerte.

Los tres sinópticos narran minuciosamente el suceso: sus descripciones son de una admirable concordia, bien que cada uno de ellos añada preciosos detalles al fondo en que todos convienen. Precisan los tres, ante todo, el tiempo. Han transcurrido seis días completos desde las solemnes palabras de Jesús y de Pedro comentadas en el número anterior: *Seis días después de dichas estas palabras...* Lc al decir *transcurridos casi ocho días después*, da sólo el número aproximado de ello, si no es que queramos que Mt. y Mc. pongen los días completos transcurridos, y Lc., además, el anterior y posterior, parte de los cuales entra en la narración del suceso. En estos seis días que mediaron entre la promesa del Primado y la Transfiguración, anduvo Jesús reposadamente con sus dos discípulos los 70 kilómetros que hay desde Cesarea de Filipo al Tabor, entreteniéndose, sin duda, en pláticas sobre la futura misión de evangelizar todo mundo.

En llegando al pie del monte, probabilísimamente el Tabor, Jesús dejó en el valle a sus discípulos, excepto los tres predilectos que tomó consigo, y subió al monte: *Toma Jesús consigo a Pedro y a Santiago y a Juan, hermano de éste*. Son los únicos a quienes había impuesto sobrenombre; los solos admitidos a la resurrección de la hija de Jairo (Mc. 5, 37; Lc. 8, 51) y a la oración del huerto (Mt. 26, 37) los tres gozan de una preeminencia particular : Pedro es el príncipe de todos ellos, Santiago el primer mártir del Colegio, Juan es el Apóstol virgen.

Y llévalos aparte solos a un monte alto, sin duda por la senda antiquísima que aún hoy se conserva, transformada en camino por donde trepan, más que andan, los automóviles, y que, serpenteando entre la amena fronda de arbustos y árboles frutales, lleva en tres cuartos de hora aproximadamente a la planicie que corona el monte, ancha como de dos kilómetros, donde se verificó la gloriosa escena de la Transfiguración. Iba Jesús, como muchas veces ocurría, al monte para entregarse a la oración: *Y subió al monte para orar*.

¿Cuál fue el “alto monte” de la Transfiguración? La opinión más corriente, fundada en tradición antiquísima, que se remonta por lo menos al siglo IV, ya que San Jerónimo y Cirilo de Jerusalén lo señalan, admite para la Transfiguración el Tabor, monte situado en la Galilea, a pocos kilómetros al sudoeste del lago de Genesaret, cuya cumbre se eleva a unos 500 metros sobre la risueña llanura de Esdrelón, 562 sobre el Mediterráneo y 770 sobre el mar de Galilea, destacándose majestuoso, único, sobre los pequeños montículos que le circundan, de donde pudo venirle el nombre de “monte alto”. Con todo, no son pocos los exégetas modernos que se inclinan por el Hermón, magnífico monte situado al nordeste de Cesarea de Filipo, donde tuvieron lugar los anteriores episodios. Los argumentos no son tan perentorios que puedan destruir la antiquísima tradición que sitúa este hecho en el Tabor.

La transfiguración (2-8). — *Y mientras oraba, se transfiguró Jesús delante de ellos: se metamorfoseó, dice el griego; no que su cuerpo se cambiara por otro cuerpo, sino que, conservando su figura y su indumentaria las mismas líneas, todo apareció en él brillante y luminoso. La transfiguración se obró en la misma presencia de los Apóstoles; delante de ellos para que, si le vieses por primera vez ya transformado, no creyesen que era otro. Dos detalles nos dan los tres sinópticos de este fenómeno: uno relativo al rostro del Señor: Y resplandeció su rostro como el sol; es éste lo más brillante que hay para el hombre en esta creación: La figura de su rostro se hizo otra, por la gloria maravillosa que en el resplandecía. Otro detalle se refiere a los vestidos de Jesús: Y sus vestiduras tornáronse resplandecientes y en extremo blancas, como la nieve; tampoco hay blancura como la de la nieve. El segundo evangelista tiene para expresarlo una frase altamente ponderativa: Cuales ningún batanero de la tierra podría blanquearlas; la locución es, seguramente, de Pedro, testigo del fenómeno. Todo ello es el símbolo de la majestad divina de Jesús: su alma santísima, hipostáticamente unida al Verbo, gozaba de la visión bienaventurada de la divinidad; el efecto connatural de esta visión es la gloria del cuerpo, que Jesús cohibió durante su vida mortal; pero ahora la deja como rezumar algo a través de su cuerpo, que por ello aparece unos momentos transfigurado.*

Repentinamente se produce un nuevo episodio: ante los ojos atónitos de los Apóstoles se aparecieron dos varones de aspecto insólito: *Y al momento se les aparecieron Moisés y Elías, en forma gloriosa, hablando con él.* Moisés representaba la ley que preparó al pueblo de Dios para la venida del Mesías; al aparecer el gran Legislador junto a Jesús en este solemne momento, le rinde pleitesía como Legislador supremo y demuestra que no ha venido Él a derogar la ley, sino a cumplirla. Elías es el representante de los profetas: gran taumaturgo y celador de la gloria de Dios, aparece reverente ante quien ha venido con poder a instaurar el reino mesiánico. Conocieron los discípulos a estos personajes, sea por alguna señal exterior, como los rayos luminosos que salían de la cara de Moisés, o el carro de fuego de Elías, o porque se lo manifestase después Jesús.

Lucas nos da en este momento dos trazos especiales. Dice, en primer lugar, el objeto de la conversación de los santísimos personajes: *Y hablaban de su*

salida (de este mundo), *que había de cumplir en Jerusalén*; por lo mismo, se ocupaban de la pasión y muerte, tal vez de la resurrección y ascensión del Señor, según estaba profetizado: alrededor de la muerte de Jesús gira toda historia y toda la economía de la revelación, de ambos Testamentos. En segundo lugar, es Lc. el único narrador que se refiere al sueño de los Apóstoles: *Mas Pedro y sus compañeros estaban rendidos de sueño; y despertando, vieron la gloria de Él* (Jesús), *y a los dos varones que en pie con Él estaban*. Dormitaban, mientras Jesús oraba; despiertos, en los esfuerzos para evitar el sueño, vieron la Transfiguración del Señor: quizás Jesús mismo les despertó; tal vez no llegaron a dormirse, según la interpretación que consiente el original, donde mas bien se significa esfuerzo y lucha contra el sueño.

Y, *al apartarse de él*, Moisés y Elías, es decir, al hacer ademán de despedirse los santos varones, tomando Pedro la palabra, arrebatado por la dulzura de aquella visión, dijo a Jesús, tratando de retener a los que se iban: *Señor, Maestro, bueno es que nos estemos aquí*. Y en su afán de prolongar la visión maravillosa y el deleite que de ella derivaba, continuó: *Si quieres, hagamos aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías*. Marcos nos refiere la turbación de Pedro, su maestro, debido al miedo que sintió en aquellos momentos: gozo intenso del magnifico espectáculo, que quisiera prolongar para siempre; y miedo de la majestad gloriosa de los tres personajes, que les sacó fuera de si: *No sabiendo lo que se decía, pues estaban atónitos de miedo*.

Un nuevo fenómeno se produce súbitamente, que deja a flor de labios las ultimas palabras del ardoroso apóstol: *Aún estaba él hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió*, a Jesús, Moisés y Elías: *y tuvieron miedo, al entrar ellos en la nube*: Suele Dios valerse de una nube para manifestar su presencia (Ex. 16, 10; 19, 9; 24, 15; 3 Reg. 8, 10; Ps. 103, 3): el resplandor de la nube es expresivo de la gloria de Dios que en ella se manifiesta; la nube cubrió a los tres santos personajes, ocultándolos a la vista de los Apóstoles, que quedan espantados. Y del seno de la nube sale una voz, voz del Padre, que confirma la confesión de Pedro y la aseveración de Jesús: Y he aquí que salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado, como Hijo Unigénito, en quien mucho me he complacido; esta voz de Dios es la aprobación divina de la pasión del Hijo, que de ella hablaba con Moisés y Elías. Y para que no temiesen de seguir a Jesús, hasta en las persecuciones, tormentos y muerte, sigue la voz: Escuchadle. Esta voz divina, que se oye en medio de la esplendida teofanía, en un momento en que en la cumbre del monte se halla representada, ante la misma presencia de Dios, toda la historia religiosa de la humanidad, es la consagración de la suprema ley del Cristianismo: la ley de las humillaciones y del dolor para llegar a la gloria. Al oírse esta voz, estaba Jesús solo: para que no les cupiese duda de que a el se refería la voz.

Sucumbió la humana debilidad en los Apóstoles ante el peso de tanta gloria, y dieron, espantados, con sus cuerpos rostro en tierra: Y al oírla, los discípulos, cayeron sobre sus rostros y tuvieron mucho miedo. Suele la presencia sensible de lo sobrenatural causar terror a los pobres mortales (Is.

6, 5; Ez. 2, 1; Lc. 1, 29). Cesó la manifestación de la divinidad mientras estaban postrados; y para ahuyentar su temor y dar fuerza a sus miembros, se les acerca Jesús, para que cobren valor con su presencia: les toca, para que se cercioren de que está con ellos, y les dice palabras de aliento: Mas Jesús se acercó, los tocó y les dijo: Levantaos, y no temáis. La gloriosa escena había terminado, volviendo todos a su estado normal: Y alzando ellos en seguida sus ojos, y mirando en torno suyo, a nadie vieron con ellos, sino solo a Jesús.

JESÚS IMPONE SILENCIO A SUS DISCÍPULOS (v 9). — Grabose profundamente el glorioso episodio en el alma de los tres discípulos; pasados muchos años, aún lo recordaran dos de ellos en sus escritos (2 Petr. 1, 16-18; 1 Jh. 1, 14; 1 Jh. 1, 1 sigs.); ¿qué cosa mas humana que esperar con ansia el momento de referirlo a lo menos a sus compañeros? Jesús se lo prohíbe, como antes había prohibido dijese que el era Jesucristo: Y al bajar ellos del monte, les mando Jesús, diciendo: No digáis a nadie la visión. No era ahora ocasión de divulgar lo que hubiese podido originar el escándalo de la cruz, después de tanta gloria; o que pudiese fomentar los prejuicios de aquel pueblo sobre el reino mesiánico. Cuando se haya consumado la obra de la redención y esté fundada la Iglesia, después de su resurrección, podrán predicar todos los misterios de Jesús: Hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Cumplieron los Apóstoles fielmente el divino mandato: Y ellos callaron, y a nadie dijeron por entonces, mientras vivió Jesús vida mortal, nada

LA TRANSFIGURACIÓN DE JESÚS

De lo que habían visto. Marcos, inspirado por Pedro, testigo del hecho, dice : Y guardaron el dicho dentro de si, siendo fieles al secreto que se les encomendó; y añade que, seguramente entre ellos, se comentaba la alusión que acababa de hacer Jesús a su resurrección: Discurriendo que querría decir: Cuando hubiere resucitado de entre los muertos: porque no comprendían que el Hijo de Dios, que de tal manera acababa de ser glorificado, tuviese que morir.

En la cima del monte Tabor, y en el lugar señalado por la tradición para la Transfiguración del Señor, se levanta hoy, recientemente construida, bellísima y amplia Basílica de estilo bizantino. En su cripta esta reproducido en mosaico el paso de la Transfiguración, en forma que la luz del sol naciente que se filtra por las vidrieras de los ventanales da a la escena extraordinaria luminosidad y relieve. Ha sido un feliz acierto del arte, que sugiere la representación del hecho glorioso. Nos permitirá el lector recordar, con gozo de nuestra alma, que un día del mes de mayo de 1928, celebrábamos solemne Misa Pontifical en aquel sagrado recinto y dábamos ante una devota peregrinación la homilía comentando el texto que acabamos de explicar, que es el del Evangelio de la misa que allí siempre se reza.

Lecciones morales. — A) v. 1. — Y llévalos aparte a un monte alto... - En ello nos enseña, dice San Remigio, que es preciso a todos aquellos que deseen contemplar a Dios abandonen los bajos placeres de la tierra y levanten el

corazón a lo alto, empujado por el amor de las cosas celestiales; y que la gloria de la divina claridad no se goza en el valle profundo de la tierra, sino que es necesario buscarla en el reino de la felicidad, que es el cielo. Y los lleva aparte, para significar la necesidad de la absoluta separación del mal y de los malos para emprender con éxito el camino de la bienaventuranza.

B) v. 2.—Y se transfiguró. — Se transformó, dice San Jerónimo, sin perder su cuerpo verdadero, no tomando un cuerpo aéreo. El resplandor de su rostro y el candor de sus vestidos fue un cambio accidental determinado por la gloria del alma que en ellos se manifestaba. Es ello como las primicias y el gaje de nuestra transformación gloriosa en el cielo: sin perder nuestra personalidad ni nuestra naturaleza, adquiriremos las dotes gloriosas de sutilidad, agilidad y resplandor, lo que llama San Pablo el «cuerpo espiritual» (1 Cor. 15, 44), que nos harán semejantes al cuerpo transfigurado de Jesús, nuestro modelo en la tierra y en el cielo.

c) v. 4.— Bueno es que nos estemos aquí Si de tal manera inunda de gozo el corazón de Pedro la sola visión de la humanidad glorificada de Jesús, que no quiere separarse de allí, ¿qué será para aquellos que merezcan ver cara a cara los esplendores de la divinidad? Y si consideró como bien sumo ver el aspecto humano de Cristo transfigurado en el monte, con solos dos santos que le acompañaban, Moisés y Elías, ¿qué lengua podrá ponderar, ni entendimiento comprender, el gozo de los justos cuando en el monte de la celestial Jerusalén puedan contemplar en su misma esencia al mismo Autor de la gloria acompañado de millares de Ángeles?, dice Rábano Mauro.

D) v. 7. — Jesús se acercó, los tocó y les dijo... — Porque estaban tendidos en el suelo y no podían levantarse, dice San Jerónimo, por esto se acerca con clemencia para que, tocándoles, se ahuyente su temor y se vigoricen sus miembros; y lo que hace con el gesto lo dice también la palabra: No temáis. Nos enseña ello a confiar siempre en Jesús mientras no nos hagamos indignos de su ayuda. Aunque estemos rendidos, por nuestra pequeñez, ante la grandeza de las cosas que nos rodean, o bien por haber incurrido en pecado, Jesús vendrá, nos tocará con su gracia, especialmente en la recepción de los Sacramentos, y pronunciará a los oídos de nuestra alma palabras de aliento. Que no quiere Dios que nos amilane nuestra miseria física o moral, sino que ella nos sirva de acicate para recurrir a él y llamarle en nuestro auxilio.

E) Lc. v. 36. — Y ellos callaron... — Callaron, pero sería durante toda su vida materia provechosísima de meditación el hecho estupendo de que acababan de ser testigos. Porque se encierran en el grandes lecciones. Por la Transfiguración de Jesús, dice un intérprete, se confirma con poderosos argumentos nuestra fe; se excita nuestra voluntad para el bien obrar, proponiéndose una gloria ingente e inacabable si imitamos a Cristo, siendo socios de sus padecimientos; se nos da un ejemplo de humildad profunda, por cuanto siendo esta gloria de Jesús connatural a la visión beatífica que gozaba, por la unión substancial de su alma al Verbo de Dios quiso cohibirla durante toda su vida, para hacerse compañero en nuestros

dolores y redimirnos con acerbísima muerte.

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. II, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1967, p. 46-52)